

NINTAI

忍耐

El periodo Sengoku (1467-1615), fue una dura época en la historia de Japón, donde el samurai vivió su época dorada.

Vivían para servir y morir. Incansables y tenaces, su entrenamiento diario no tenía otro fin.

Para mantener ese coraje de guerrero durante tantos años, el samurai desarrolló una técnica mental que les hacía prácticamente incapaces de rendirse ante cualquier adversidad por muy extrema que pudiera ser.

Estos fieros guerreros, podían comprobar en sus carnes que en aquellos clanes rivales donde se ejercitaban los entrenamientos para la batalla, y no conseguían ver resultados a corto plazo, desmoronaban la moral de sus filas, sucumbiendo ante otros adversarios más feroces o capacitados.

Reconsideraron esta situación mental como un entrenamiento más, para permanecer inamovible ante fracasos en el campo de batalla.

Su cabeza debía ser fría y paciente para entender que los logros no llegan el primer día, y que su esfuerzo continuado dará fruto más adelante. Era una especie de FE que debían soportar, ya que rendirse significaba perder la vida bajo el helado acero afilado de una katana.

De aquí salió un concepto llamado NINTAI, que podríamos traducir como un estado de paciencia tanto física como mental, y que lleva al autocontrol tan codiciado en el Budo.

No se debe confundir con la actitud de esperar pacientemente a que las cosas sucedan o se solucionen *per se*. La idea va más allá de quedarse inmóvil; es trabajar con intensidad, día tras día, sin pensar en cuándo llegará el resultado.

Este concepto se trasladaba junto a la comparativa de la vida y crecimiento del apreciado bambú japonés.

Primero, debemos plantar la semilla, regar y labrar el terreno de forma continuada. Así durante un año... dos...tres... y hasta cinco años seguidos.

En esos cinco años, el campesino que plantó aquella diminuta semilla, no vio nada; no obtuvo fruto. Hasta se podría pensar que la planta ha muerto y que todo el trabajo realizado es inútil. Pero ese campesino se dedicó con paciencia y constancia a cuidar y alimentar esa primera siembra, vaciando de su mente toda idea de abandono o frustración.



Sin embargo, bajo la tierra, invisible a los ojos, desde el primer día las raíces se extienden; se alimentan y crecen fuertes. Y es entonces, en el quinto año, cuando el bambú experimenta un cambio. Comienza a salir un tímido brote verde que, en las siguientes seis semanas, alcanzará los treinta metros de altura. Todo un prodigio de la naturaleza; una explosión de vida y fortaleza.

Y con este asombroso resultado, cuán ignorantes deberíamos ser si pensáramos que en seis semanas el bambú ha crecido treinta metros.

Realmente, ese bambú creció treinta metros en cinco años y seis semanas.

Esos cinco años de silencio invisible, hicieron posible tan maravilloso espectáculo floral.

Así es el entrenamiento del guerrero, bajo una transformación donde el tiempo y la disciplina serán el abono idóneo para que forje un corazón de acero en cada batalla que gaste. Un verdadero samurai que no admite derrota ni dentro ni fuera de la batalla.

Por esta razón, cada hora que pasamos en el Dojo, cada año que vivimos sin ver resultados, son nuestras raíces las que se están formando para que un día, sin pensarlo ni predecirlo, ver un cambio en nuestro interior; en nuestra técnica; en todo nuestro ser.

Con el transcurso de los años, y una vez finalizadas las épocas feudales de luchas sin cuartel, el concepto NINTAI sigue viviendo en el espíritu de los japoneses para mantener su armonía social y estabilidad emocional, lo cual imprime de gran virtud a quien lo practica.

Autor: DANIEL TCHEY